

RICARDO LAGOS

Expresident de Xile

‘Cuando llegó la crisis, la línea divisoria entre progresistas y neoliberales fue demasiado borrosa’

ORIOI BARTOMEUS

Director de *frc REVISTA DE DEBAT POLÍTIC*

Fotografia: Andreu Adrover

Nascut a Santiago de Xile l'any 1938, Ricardo Froilán Lagos Escobar és advocat i economista de formació. Proclamat president de la República xilena l'any 2000, Lagos va ser el tercer president de la Concertació de Partits per la Democràcia i el primer socialista des de Salvador Allende. Els seus anys a La Moneda van estar caracteritzats per la salut econòmica i financera del país, la signatura de tractats de lliure comerç amb la Unió Europea, els Estats Units i la Xina, i la consecució de la plena subordinació de l'estament militar al poder civil. El seu govern va coincidir amb els reiterats i infructuosos intents de jutjar a casa Augusto Pinochet, de qui Lagos va ser destacat opositor durant la dictadura. Tot i els escàndols de corrupció que van afectar el seu entorn, Lagos es va acomiadar amb una elevada quota de popularitat, essent rellevat per la seva anterior ministra de Defensa i companya de partit, Michelle Bachelet, l'any 2006.

Arran de la intervenció de Lagos a la Conferència que el Grup dels Socialistes i Demòcrates al Parlament Europeu va organitzar a Barcelona els passats 20 i 21 de juny, *frc REVISTA DE DEBAT POLÍTIC* va aprofitar el quart d'hora de què disposava per formular-li algunes qüestions a l'entorn del futur de la socialdemocràcia, de la crisi econòmica i financera mundial, i de com es veu Europa des d'Amèrica Llatina.

Oriol Bartomeus (O. B.).- La crisis del modelo neoliberal parece haber puesto contra las cuerdas a la socialdemocracia. ¿Cómo se entiende esta aparente paradoja? ¿Cómo es posible que sea el socialismo democrático el que cargue con los costes de una crisis “de la derecha”?

Ricardo Lagos (R. L.).- La socialdemocracia ha olvidado, en los últimos tiempos, algunos elementos básicos de lo que somos. El mundo neoliberal quiere construir una sociedad a imagen y semejanza del mercado, donde los ciudadanos son consumidores. La socialdemocracia históricamente dice que la sociedad la construyen los ciudadanos, no los consumidores. Esta línea divisoria entre unos y otros al final queda muy borrosa. Son los ciudadanos los que resuelven qué bienes son públicos.

Los bienes públicos son aquellos servicios que tienen que estar al alcance de todos.

Cuando llegó la crisis, la línea divisoria entre progresistas y neoliberales fue demasiado borrosa. Cuando la crisis estalla, todo el mundo entendió que la respuesta estaba en la política, y no en el mercado. Pero en el momento en que los Estados salieron al rescate de los bancos, volvimos a la vieja doctrina: nos encontramos con un mercado rampante diciendo a los dirigentes políticos lo que debían hacer: estrecharse el cinturón. Cuando sabemos que, en una crisis, lo primero que hay que hacer es estimular la creación de empleo, estimular la demanda. Es decir, una política contracíclica: cuando la economía va para abajo, hay que recibir estímulos para poder salir de la crisis.

O. B.- La aplicación de políticas keynesianas choca con la deuda pública. ¿Cómo puede un Estado hacer políticas anticíclicas cuando no tiene dinero, y el poco dinero que tiene se lo han prestado?

R. L.- En 2009, cuando estábamos en medio de la crisis, los líderes del G-20 reunidos en Londres no se demoraron ni media hora en aceptar aumentar los recursos de los que dispone el FMI, pasando de 250.000 a 750.000 millones de dólares. Moraleja: cuando se necesitan recursos, y hay voluntad, aparecen.

O. B.- Entonces, ¿qué ha pasado? Hay quien dice que tenemos un problema de doble escala: hay una escala económica que es global, y hay una escala política que es estatal-nacional. ¿La respuesta sería, pues, crear una sociedad política global, como dice Gordon Brown en su libro?

R. L.- Estoy de acuerdo en que ésta es una posibilidad, pero por ahora creo que primero deberíamos aprender de los fallos que se han cometido. En América Latina, por ejemplo, que somos países con un PIB bajo, conseguimos un crecimiento con redistribución. Los ingresos que recibíamos año a año tenían que convertirse en más escuela, más salud pública, más vivienda, más pensiones de vejez, siguiendo el Consenso de Washington. En Chile estamos doctorados en crisis: nos cogió la crisis asiática, que nos obligó a ajustar la economía mediante medidas de restricción del gasto público. Siendo yo presidente, aplicamos lo que denominamos superávit estructural, equivalente al 1% del PIB anual, permitiendo al país amortiguar los shocks externos, a través de la operación de los estabilizadores automáticos del presupuesto, reducir percepciones de riesgo e incertidumbre sobre la economía nacional, además de contar con un financiamiento público estable para los distintos planes y programas sociales de ayuda a los más desvalidos. Esta política continuó con la presidenta Bachelet. Así,



como resultado de esta política, cuando llegó la crisis Chile tenía ahorrado lo equivalente al presupuesto de un año, lo que le ha permitido resistir bien la crisis. Aprendimos la lección: supimos que lo que había que hacer era aplicar una política contracíclica.

O. B.- Resulta curioso cómo cambian las cosas: el FMI era antes el guardián de las economías latinoamericanas, sometidas al Consenso de Washington, y ahora resulta que el FMI es el guardián de las economías europeas,

mientras que las latinoamericanas viven un boom espectacular. Pero hay quien dice que América Latina se puede permitir tener gobiernos de izquierda (caso de Brasil o el Perú) porque los precios de las materias primas están por las nubes.

R. L.- Cuando estábamos los gobiernos de izquierda los precios de las materias primas estaban por los suelos. Lo que ocurrió es que no seguimos el dictado del consenso de Washington. Lo que sí dijimos es que no creemos que sólo el crecimiento económico reduzca la pobreza. Lo que resulta crucial es la distribución de ingresos. En Chile bajamos la pobreza del 40% al 11% en 20 años, que no está nada mal.

O. B.- ¿Cómo se consigue aplicar políticas progresistas en un país como Chile, laboratorio de la Escuela de Chicago, del neoliberalismo, en los años ochenta? Porque, en principio, el esquema de la privatización no se ha desmontado en Chile.

R. L.- No, no se ha desmontado. No fuimos capaces de desmontarlo. Por eso creo que ahora hacer políticas de distribución de ingresos es crucial. Sin duda, hay una cierta relación entre el crecimiento de un país y las mejoras sociales de su población. Pero llega un punto en que, por más que aumentes los ingresos per cápita no te mejoran los indicadores sociales. Los indicadores sociales sólo mejoran cuando redistribuyes ingresos. ¿Qué países tienen los mejores indicadores sociales? Japón y los paí-



ses escandinavos. ¿Quiénes los peores? Estados Unidos y el Reino Unido. Son países donde la clase media está desapareciendo. Cuando el 10% de la población se queda con el 50% de los ingresos, estamos frente a un país en el que la mitad del mercado es de unos pocos. En los mercados norteamericanos, los publicistas se olvidan de los sectores medios, y sólo se dirigen a ese 10%, publicitando artículos de lujo.

O. B.- Y, ¿qué se puede hacer contra eso?

R. L.- Sin salir de Europa, por ejemplo, yo quiero que alguien me explique cómo funciona Europa: una política monetaria, un Banco Central, y 16 políticas fiscales distintas. En Chile, si se gasta mucho, el Banco Central dice: “no me deja espacio, tengo que subir tasas de interés, etcétera”. Y aquí en Europa, ¿cómo se hace? No recuerdo que nadie me haya dado la respuesta. Y ahora, sin duda, la respuesta a la crisis del euro no sólo está en Atenas, sino también en Bruselas. No se puede tener una moneda común sin una política fiscal homogénea. Hay que dar pasos en esta línea.

O. B.- Y en América Latina, ¿cómo ha funcionado la integración regional?

La respuesta a la crisis del euro no sólo está en Atenas, sino también en Bruselas. No se puede tener una moneda común sin una política fiscal homogénea. Hay que dar pasos en esta línea

R. L.- Te podría decir que la integración regional en América Latina goza de buena salud, que viene a ser no decir nada. No hemos logrado entender que la integración se hace como ustedes en Europa, con geometría variable. Cuando a Chile se le propuso entrar en el año 2000 junto a Argentina en el MERCOSUR, yo insistí en que la integración económica sólo se podría hacer habiendo una coincidencia de aranceles, porque para Chile sería absurdo subirlos para formar parte del grupo.

En América Latina tenemos un país como Brasil, grande, enorme, casi un continente, y tenemos Chile, un país pequeño, con Tratado de Libre Comercio. Hoy, el 93% de nuestro comercio funciona bajo este acuerdo.

O. B.- Y ya, para terminar, ¿la democracia está en riesgo?

R. L.- La democracia está en riesgo cuando se la deslegitima, y cuando la ciudadanía no percibe diferencias entre un y otro candidato. Ahí está el caldo de cultivo para el nacionalismo rampante y ramplón. En Chile tenemos ahora un gobierno de derecha, apoyado por un 35% de la ciudadanía, y una coalición opositora, con un apoyo del 22%. Entonces, ¿hay un 45% de la ciudadanía que no se identifica con nadie! Éste sí es, sin duda, un verdadero problema. ■